

María Zambrano

La España de Galdós

Introducción de José Luis Mora García



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hizo D.^a María Luisa Mailard García en el Vol. III de las OO.CC. de María Zambrano, 2011.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Fundación María Zambrano, 2011
© de la introducción: José Luis Mora García, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-760-4
Depósito legal: M. 36.049-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por José Luis Mora García
- La España de Galdós
- 25 Breve noticia de esta entrega
- 29 Advertencia
- 35 I. La España de Galdós
- 109 II. *Misericordia*
- 141 III. Tristana – El amor
- 171 IV. Galdós en Madrid

Introducción

María Zambrano: lectora de Pérez Galdós

Después de algunos años marcados por una intensa actividad social y política, en los finales de la Dictadura de Primo de Rivera y el año de proclamación de la República, en cuya campaña María Zambrano participó dando abundantes mítines y como miembro de una «candidatura del pueblo» para las Cortes Constituyentes, de la que se retiró en el último momento, fue orientándose más decididamente hacia la reflexión. No fue un giro brusco, pues ya anteriormente había colaborado con otros profesores en las actividades de la Universidad Libre y en los años siguientes a la proclamación de la República mantuvo su compromiso, pero sí visible. Sus palabras en *Delirio y destino* expresarán, tiempo después, con justeza su posición: «Había que reconstruir la nación, recrearla. Y era ese el proceso creador que tenía lugar: la República era el vehículo, el régimen; la realidad era la Nación; la realidad se estaba recreando» (OC, VI, 696-697).

Mucho debió pesarle la experiencia en las Misiones Pedagógicas y su contacto con la España rural —el pueblo—, así como la proximidad a los debates que discípulos de su padre entablaron, por esos mismos años, sobre la cultura de aldea; también su experiencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central como profesora de clases prácticas en la cátedra de Historia de la Filosofía. Debió conocer entonces a José Fernández Montesinos, relevante filólogo, estudioso del 27 y, posteriormente, de Pérez Galdós, quien explicaba con José Gaos «Introducción a la Filosofía», estableciendo una pionera relación entre la Filosofía y la Literatura. No menos importante fue la decepción sufrida tras la firma de «Un movimiento político de juventud. Frente español» (diario *Luz*, 7 de marzo de 1932), que le hizo perder la ingenuidad sobre la supuesta unidad que las palabras han de mantener con la realidad, cuando descubrió que no todos las utilizaban en el mismo sentido. Finalmente, comprobó la escisión existente entre las élites y el pueblo, cuya fractura percibió ya de manera cruda.

Estas experiencias la condujeron a una revisión profunda de la razón moderna, tal como la había aprendido principalmente de José Ortega y Gasset, así como a la necesidad de incorporar materiales y nombres provenientes de otras formas de expresión como el arte, la literatura en concreto, con objeto de corregir sus reduccionismos. Y de tener en cuenta a protagonistas sociales que no provinieran de las élites intelectuales, sino que fueran creadores, principalmente poetas de su generación. Benito Pérez Galdós, un escritor de la generación de 1868, vino a formar parte fundamental de esta nueva

mirada. Si se quería conseguir el objetivo por el cual la República había producido tanto entusiasmo era preciso corregir el rumbo. Cuando escriba en «Castilla a solas consigo misma» (*Segovia Republicana*, 29 de julio de 1931) «son esos hombres hambrientos y desesperanzados, es el destino de España –de España íntegra– que intenta por segunda vez cuajarse en la historia», algo había cambiado sustancialmente en su mente.

La guerra acentuó la necesidad de un diagnóstico en profundidad y de una propuesta radical para superar el enfrentamiento, el remedio que corrigiera la discordia. Las publicaciones del periodo que pasó en Chile, desde finales de 1936 y hasta casi la mitad de 1937, son las cartas credenciales de ese cambio. La lúcida crítica de las causas del fascismo y la edición, con su marido, del homenaje a España de los poetas chilenos con Federico García Lorca como lema, al que siguió la *Antología* del propio Lorca (Editorial Panorama, 1937), dan fe de que la nueva línea estaba marcada. Como ha estudiado Vicente Granados, Federico García Lorca había hecho un encendido elogio de Benito Pérez Galdós en el Ateneo de Barcelona (1935), «aquel gran maestro del pueblo a quien yo vi de niño», poco antes de estrenar *Doña Rosita la soltera*, cuya obra, ha dicho Roberto G. Sánchez, tiene ecos «de la Benina de *Misericordia*» (p. 60). Otros escritores del 27 como Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre escribirían más adelante sobre el propio escritor canario y pudiera ser que María Zambrano los leyera para sus posteriores revisiones. Mas, sin duda, la influencia determinante debió llegarle a través de Rodrigo Soriaño Berroeta-Aldamar (1868-1944), periodista y escritor

republicano, embajador en Chile, a quien con seguridad su marido Alfonso Rodríguez Aldave debió el nombramiento en la embajada del país americano. Recordará María Zambrano, en su reflexión sobre *Tristana*, lo bien que este republicano conocía al escritor canario. Varios estudios lo corroboran, entre ellos el firmado por Alfonso Armas, «Aspectos biográficos de Galdós: *Gente Nueva*». Tras recordar que se conservan unas sesenta cartas entre Soriano y Galdós, señala que fue «un amigo próximo a Galdós, y con toda seguridad, el pertenecer los dos al partido republicano fue uno de los factores para sostener una continuada correspondencia que abarca bastantes años» (p. 293).

Su reflexión madura en diversos textos: de septiembre de 1937 es «La reforma del entendimiento español» (*Hora de España*); de octubre «El nuevo realismo» (*Nueva Cultura*) y de septiembre de 1938 «Misericordia» (*Hora de España*). Culminarán, como bien señala María Luisa Mallard en su presentación de *La España de Galdós* en las Obras Completas, con *Pensamiento y poesía en la vida española*, publicado ya en México.

Las influencias indicadas y su propia exigencia condujeron a María Zambrano a leer buena parte de la extensa obra de Benito Pérez, buscando respuestas a sus inquietudes. La presencia del escritor canario ya no la abandonó. Queden como muestra «Un don del océano: Benito Pérez Galdós» (1986), recogido en su día por Mercedes G. Blesa en *Las palabras del regreso* (2009), y «Galdós en Madrid» (1988), «Prólogo» al catálogo de la exposición «Madrid en Galdós, Galdós en Madrid» que recogió Rogelio Blanco para la edición de *Endymion* (1989).

Encontró pronto respuestas: que la novela es el género central para entender las complejas relaciones que se establecen entre la vida personal y la historia nacional, de un lado, y entre la realidad y la vida, de otro; que Galdós era clave como «enumerador de la España sub-histórica» y que solo en ese nivel profundo se aciertan a ver las discontinuidades que han cercenado lo mejor que se originó en los momentos privilegiados; que la novela es la única escritura capaz de desenmascarar la novelería, es decir, la falsa realidad; que las novelas de Galdós, al igual que los «heterodoxos» de Menéndez Pelayo, nos muestran a «personajes» expulsados de la sociedad pero dotados de energías que deben ser imperiosamente recuperadas; finalmente, que la misericordia, liberada de la beneficencia burocrática, era la virtud civil que España necesitaba en aquellos terribles momentos. *Misericordia* (1897), escrita tras *Ángel Guerra* (1890) y *Nazarín-Halma* (1895), era una obra de madurez para tiempos difíciles como parte de un proyecto que buscaba la recuperación de valores propios de la tradición del humanismo cristiano, eliminando cualquier vestigio de dogmatismo, tan positivo aquel como negativo este en la historia de España. «Si se pudiera rescatar a esos heterodoxos», exclamará en *Delirio y destino*, si se pudiera comprenderlos y reconstruirlos desde adentro, sería la manera de que encontrarán, de que encontráramos, la forma adecuada, lo que, en España, «como vida, como sociedad, como Estado», no se ha encontrado aún, le confesaré a Cobos (carta de 23 de marzo de 1967). Ahí estaría la salvación.

La lucidez de María Zambrano se mostró en este punto. Su recuperación de *Misericordia* se convirtió en un

alegato moral y político, como lo había sido la novela galdosiana. Si la guerra era la expresión del fracaso en la construcción de la necesaria unidad de esas realidades señaladas y de la, igualmente necesaria, construcción del Estado, es decir, de España, ni los seres humanos ni la nación podían quedar reducidos a la derrota. Era preciso, pues, hacer un diagnóstico certero de por qué se había destruido la convivencia e indagar dónde se escondían las energías que permitirían fundar la esperanza ante una situación tan degradada. Le hubiera gustado escribir cuando el proceso se orientaba a la consecución de los fines republicanos, pero se veía obligada a hacerlo en tiempos de tragedia. Años más tarde, María Zambrano señalaría contundentemente, en la «Breve noticia de esta entrega» (OC, III p. 517), apertura de la edición de *La Gaya Ciencia* (1982), que este texto es «el fundamental e intocable». Nos revelaría, más tarde, Fernando Savater («La voz de María Zambrano», 1983) por qué *La España de Galdós* no fue reeditada por Taurus, a pesar de haberse agotado pronto la primera edición (1960), y nos dejó una clave importante transcribiendo «la voz» de Zambrano. Refiriéndose al título del libro debió confesarle Zambrano: «No es mío, claro –señala innecesariamente–. El mío hubiera sido “Misericordia”. Y elogia después al autor novicio que la suplantó. Misericordia, amor: es la voz de María Zambrano» (p. 15). Misericordia, caridad como forma de ser y no como beneficencia, perdón frente a la ingratitud y tolerancia frente a las divisiones religiosas es Benigna, la mendiga que mantiene a su ama, salva a Juliana e integra al moro de religión judía, Almudena. Era, sin duda, la esperanza para conseguir una Es-

paña en concordia. Era, pues, *La España de Galdós* (más allá de las razones que explicaron en su día el título, algunas de cuyas claves ha aportado Jordi Gracia), y lo era también de María Zambrano. La clave estaba escrita con anterioridad: habría que retroceder a un momento «en que da la sensación de que todos estaban presentes en todos». Por ello se recomienda leer este texto con anterioridad al que figura como primero.

Retomaría María Zambrano esta novela con una larga reflexión fechada en Roma (1960) titulada «La obra de Galdós: *Misericordia*», precedida de una advertencia con claves importantes para su comprensión. Hay continuidad, sin duda, con el texto de 1938, pero hay de fondo una realidad histórica y personal diferente que tiene dos partes bien diferenciadas y un «Finalmente» que reproduce casi íntegramente el artículo de *Ínsula* (n.º 151, 1959), «Nina o la Misericordia». Hacía veinte años que duraba el exilio, como recordará en su bien conocida «Carta sobre el exilio» (1961), cuando desvele los riesgos de que la verdad de la historia llegara tarde y de que la concordia deseada no lo hiciera. Agudiza, entonces, la reflexión sobre los sueños y el tiempo y sobre la propia España, temas clave en su trayectoria durante la segunda mitad de los años cincuenta, cuando la razón dominante en Europa volvía a ser el positivismo. Se lo hará saber a Pablo de Andrés Cobos (26 de diciembre de 1971) cuando le recuerda que «pido, clamo por un saber más amplio en el que la conciencia, la Razón, haga suyos otros saberes irrenunciables como los de la poesía, las religiones, la mística... en fin que el conocimiento torne a recoger la revelación, las revelaciones todas» (p. 264). La vida como

centro de la preocupación. La primera parte es un canto a esta realidad y a cómo las otras realidades deben hacer posible su plenitud, a cómo la historia y la sociedad (pueblo) que han de conformar el tiempo personal, condición de la libertad, se supeditan a la vida. Por eso, es una queja frente a la historia de Occidente, que redujo el cristianismo a ascetismo dejando fuera de la filosofía la vida, el amor y la misericordia. Y aunque no se habían reducido ni el «ansia de ser» ni el «hambre de realidad» había que recuperarlas. Lo intentó Don Quijote, pero quedó encerrado en su conciencia al identificar realidad con vida. Será Galdós quien, en sus novelas, reconduzca lo humano «al lugar de la vida elemental tal como parece brotar con su fuerza avasalladora», quien conforme ese «realismo», tal como ella lo había caracterizado en su primer libro mexicano. Si la historia de España era el problema que había impedido la vida, en esa misma historia radicaba la esperanza de su reconstrucción.

La segunda parte está dedicada íntegramente a Nina, pues este personaje la había fascinado por el arrojo para despojar a la realidad de sus falsas apariencias, por descubrir la peligrosa «cursilería» y por guardar en su interior toda la fuerza de la vida, capaz de fijarse en cómo los gorriones mismos han sido dotados por Dios para que vivan. Mas la vida es problemática, puesto que «entre la esperanza y la necesidad estamos todos en una u otra manera» (OC, III, 542). Por eso, cuando escribe Zambrano lo hace como reflexión sobre la condición humana, pero, no menos, sobre su propia sufrida experiencia. Se lo cuenta a la colombiana Reyna Rivas en las cartas de esos años sesenta. Es la necesidad, el hambre, la base de la

esperanza, pues no se da esta sin tener conciencia de lo que carecemos. Y esa lección la aprendió de Nina: que ambas –hambre y esperanza– son los principios que alimentan el ansia de vivir, más allá de la realidad que puede negar la propia vida. El sueño es, entonces, creador de realidades que aún no existen pero que lo harán. Mas no se piense que Zambrano aboga por una salida al margen de la razón. En absoluto. Para dejarlo claro titula un capítulo «En la verdad de la vida», pues la realidad de la vida «hemos de llevarla» y esto sucede cuando se vive en verdad, cuando ya se vive casi en verdad». Y en esto consistió la vida de Nina, quien pasó su infierno viviendo a la intemperie, «entre la verdad de la vida y la múltiple, ambigua, fragmentaria realidad». «Finalmente», aunque se fue, en verdad la expulsaron. Mas quedó Nina, como el agua que purifica, que «no cede, se entrega», como la luz que desvela el misterio y como la palabra que crea realidad dotada de sentido. Sentido de la vida sin renuncia a la eficacia, he ahí la expresión madura de la razón poética que María Zambrano dejó como profunda reflexión para ayer y para siempre en torno a la vida, la realidad y el tiempo.

El libro incluye «Tristana – El amor», firmado en la soledad de *La Pièce* (1970), recuperado en la edición de *Endymion* (1989), dirigida por Rogelio Blanco. Como señala María Luisa Maillar, la propia autora decidió que este texto «formase parte de la última edición del libro». Fue publicado en cuatro entregas en *Diario 16* (1988), que aquí se presentan como texto único.

Ahora sí la mujer, protagonista de esta novela, misteriosa, claustrofóbica, «donde el horizonte se pierde en el

cielo que se hace tierra y tierra que se desvanece, en el lugar donde se va “desnaciendo”, más que yendo hacia la muerte, en una “sobrevida” más allá del tiempo y del amor» (OC, III, 605-606). En el centro *Tristana*, sola entre don Lope y Horacio con Saturna, nunca deja de ser, aun en el silencioso martirio. Historia doméstica, de personajes singulares apenas sobrepasados por sus sonoros nombres históricos que se enfrentan al destino sin más apoyo que los prejuicios o los sentimientos, es decir, el instinto de supervivencia. ¿Qué hacer en esta circunstancia con la problemática libertad descubierta al despertar cuando el obstáculo ya no es salvable? Lo ha estudiado detenidamente María Fogler. Reflexión bien presente: ¿cómo ser alguien frente al destino?, ¿cómo serlo ella?

Pertenecía *Tristana*, la novela galdosiana (1892), a la misma historia de España, pero a otro fondo. Si en *Misericordia* el amor encontraba su plena realización en la caridad, aunque tuviera nombre de mujer no conllevaba reivindicación feminista alguna; en *Tristana* el amor se confronta con el honor. Y ahí sí que era precisa la reivindicación de la mujer, ya que el honor estaba sometido al dictamen del sueño ancestral que creó aquella vieja orden de caballeros, sobreviviente en la «edad de papel», incapaz de «ser removida» por un nuevo sueño. A esta especie pertenecía don Lope, a quien «todo se le va en mantenerse como un día se soñó». Su destino está marcado, si acaso se tornará señoritismo y cursilería, con los efectos que Zambrano ya había señalado en su comentario a *Misericordia*.

Pero hay otro honor que determina también el destino de *Tristana* y Horacio cuando quieren realizar su

amor. Se muestra cuando Tristana intenta luchar contra su propio destino. Claves son los capítulos V y VI, en los que dialogan ambas mujeres, Tristana y Saturna. Ahí muestra Galdós la valía de la protagonista por su capacidad para el pensamiento, para las lenguas y para la creación, principalmente la música y la pintura. Siempre en Galdós la dimensión salvadora del arte, idea compartida plenamente por María Zambrano. Muchos valores y capacidades adornaban a nuestra protagonista, pero el destino había quedado marcado, «ya que lo que le pasó le ha cerrado el porvenir». Es el peso de las palabras cuando quedan clausuradas en su identidad. ¿Puede, entonces, la luz, el ideal, traspasar la niebla? Puede, pero ni por encima de los hechos ni del tiempo. Si Benigna comprendió que los sueños no se realizan en plenitud, Tristana debió aprender a utilizar las circunstancias y el tiempo, estrategia, podemos denominarla, que, si no vence el destino, lo domestica. Hay que esperar el ocaso del destino para que nazca el alba. Esa verdad de la vida, concluye Zambrano, «se nos aparece velada». No otro es el significado de la boda de don Lope y Tristana, ocaso de la vida de nuestro caballero y esperanza de una nueva alba de vida verdadera para Tristana como mujer.

¿Qué llevó a Zambrano a fijarse en esta novela galdosiana en aquellos años setenta? ¿Preveía el ocaso del dictador y el alba de una nueva España? ¿Sería la mujer protagonista de ese nuevo tiempo siendo ya ella misma? No es descartable. Si fue así, Zambrano anticipó el alba, pero nos dejó la advertencia de las condiciones que pone el tiempo para que nazca un nuevo día. Es el misterio de

la vida: «Es un suceso y un alba irrepresentables a los que el lenguaje apenas roza, pues no se soporta ser llevado a la evidencia».

El libro se completa con un breve texto sobre «Galdós en Madrid», «pues lo que sucede en Madrid trasciende». Ella supo enseguida que su mayor virtud había consistido en quitarle el veneno a la literatura. «No creo que se pueda encontrar en la inmensidad de su obra ni la menor gota de veneno.» «Hombre misericordioso», trajo a la meseta «la misericordia, la misericordia de Cervantes» («Un don del océano: Benito Pérez Galdós»). Si Cervantes mostró cómo era la mirada de la piedad, Galdós, fallecido en 1920, cuando Zambrano cumpliría dieciséis años, dejó con la misma mirada una inmensidad de personajes, pueblos y mujeres «perfectamente individuadas», «hombres de corazón limpio», «transparentes» como horizontes permanentes.

Compartieron, pues, Galdós y Zambrano el afán por descubrir las verdades de la historia, de las historias, y el esfuerzo por conseguir que esas verdades llegaran a tiempo, antes de que la propia historia las inutilizara. Cuando está en juego la vida, solo en la historia es posible hallar la salvación ante la encrucijada que forman la verdad frente a la mentira y la propia vida frente a la realidad. Encontrar a quienes nos puedan salvar en esa situación es lo verdaderamente decisivo. La novela había mostrado ya con Cervantes su eficacia en esta tarea. Había que continuar. Y eso hicieron. El manantial donde residía la Benina misericordiosa era, claro está, la historia de España, y ésta comenzaba en el exterior del pórtico de la iglesia de San Sebastián. Con Tristana probaba que no hay

destino que no pueda ser vencido. Tan sólo hay que saber elegir el sueño y el tiempo.

José Luis Mora García
Universidad Autónoma de Madrid

Bibliografía

- Andrés Castellanos, Soledad y Mora García, José Luis (eds.), *De ley y de corazón. Historia epistolar de una amistad. María Zambrano Alarcón. Pablo de Andrés Cobos. Cartas (1957-1976)*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2011.
- Armas Ayala, Alfonso, «Aspectos biográficos de Galdós: “Gente Nueva”», en *Actas del cuarto congreso internacional de Estudios Galdosianos (1990)*, II, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, pp. 287-303.
- Fogler, María, «Lo otro persistente». *Lo femenino en la obra de María Zambrano*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017.
- Gracia, Jordi, *Estado y Cultura: el despertar de una cultura crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, Barcelona, Anagrama, 2006.
- Granados, Vicente, «Galdós entre el 27», en *Actas del cuarto congreso internacional de Estudios Galdosianos (1990)*, II, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, pp. 57-66.
- Mora García, José Luis, «María Zambrano en *Hora de España*», en Larraz, Fernando (coord.), *Estudios de Literatura, Cultura e Historia Contemporánea. En homenaje a Francisco Caudet*, Madrid, UAM Ediciones, 2014, pp. 231-254.

Mora García, José Luis, «Misericordia en *La España de Galdós*», en Sánchez-Gey, Juana (coord.), *Filosofía y Poesía*, Madrid, Fundación Fernando Rielo, 1994, pp. 53-79.

Trapanese, Elena, *Sueños, tiempos y destiempos. El exilio romano de María Zambrano*, Madrid, Ediciones UAM, 2018.

La España de Galdós

Breve noticia de esta entrega

Aparecen en las hojas de este libro, pequeño de por sí y por ser mío, estratos, superposiciones, transparentes eso sí, que el autor no ha podido evitar y que quizás tampoco deba, pues que obedecen a estar formado este volumen por escritos que se suceden unos a otros, separados por un gran espacio de tiempo. Veo ahora estos dos textos sobre un mismo texto literario: *Misericordia* de Galdós, como oleadas surgidas avasalladoramente de ese océano de la pasión de España que el autor ha tenido que atravesar; mas no, que atravesar no se puede, ir aprendiendo a respirar, a descubrir lugares de reposo paradójicamente, islas sin tierra, grutas y hasta escondrijos donde estar al abrigo del oleaje sin dejar de estar dentro de la pasión. Lugares donde quedarse en una cierta quietud, esa quietud indispensable a la irrenunciable transparencia. *Misericordia* ha sido para mí uno de esos lugares. Mas las oleadas de la pasión mía se han visto entrelazadas, des-